

Editoriales

Monseñor Romero hoy Camino de vida y signo de contradicción

Monseñor Romero es el salvadoreño más ilustre de nuestra historia. "San Romero de América" lo llamó don Pedro Casaldáliga inmediatamente después de su asesinato-martirio. Ahora, quince años después de aquel 24 de marzo de 1980, para unos hay que silenciarlo y enterrarlo definitivamente. Para otros Monseñor Romero sigue muy presente. Para nosotros su presencia es buena, inspiradora, necesaria y, en muchos casos, insustituible.

1. Que no nos quiten la memoria

Quedarnos sin memoria es quedarnos sin identidad, sin vida humana. La memoria de Monseñor Romero nos remite a la negrura del asesinato —del suyo y de otros muchísimos miles—, pero nos remite también a la luminosidad del martirio, al compromiso y al amor. Esa memoria, que no vive de venganza y resentimiento, sino de agradecimiento y esperanza, es la que hay que cultivar y defender. Y hay que guardarse del olvido que nos quieren imponer, como si el dolor de las víctimas no fuese sagrado y como si el amor de los mártires no fuese inspirador. Veamos cómo está la memoria y el olvido de Monseñor Romero.

1.1. El silencio se ha cernido: Monseñor Romero, signo de contradicción

Comenzamos con el silencio que se ha cernido sobre Monseñor. Por planificado y prolongado, este silencio no es causal, sino que es un silencio dicente y elocuente, que nos introduce muy bien en su permanente presencia —todavía muy incómoda— en el país.

Las instancias poderosas, el capital, la oligarquía, la Fuerza Armada, el gobierno, prácticamente todos los partidos políticos —con alguna

Monseñor Romero estorba realmente en el país, pero si estorba es que está muy presente entre nosotros,

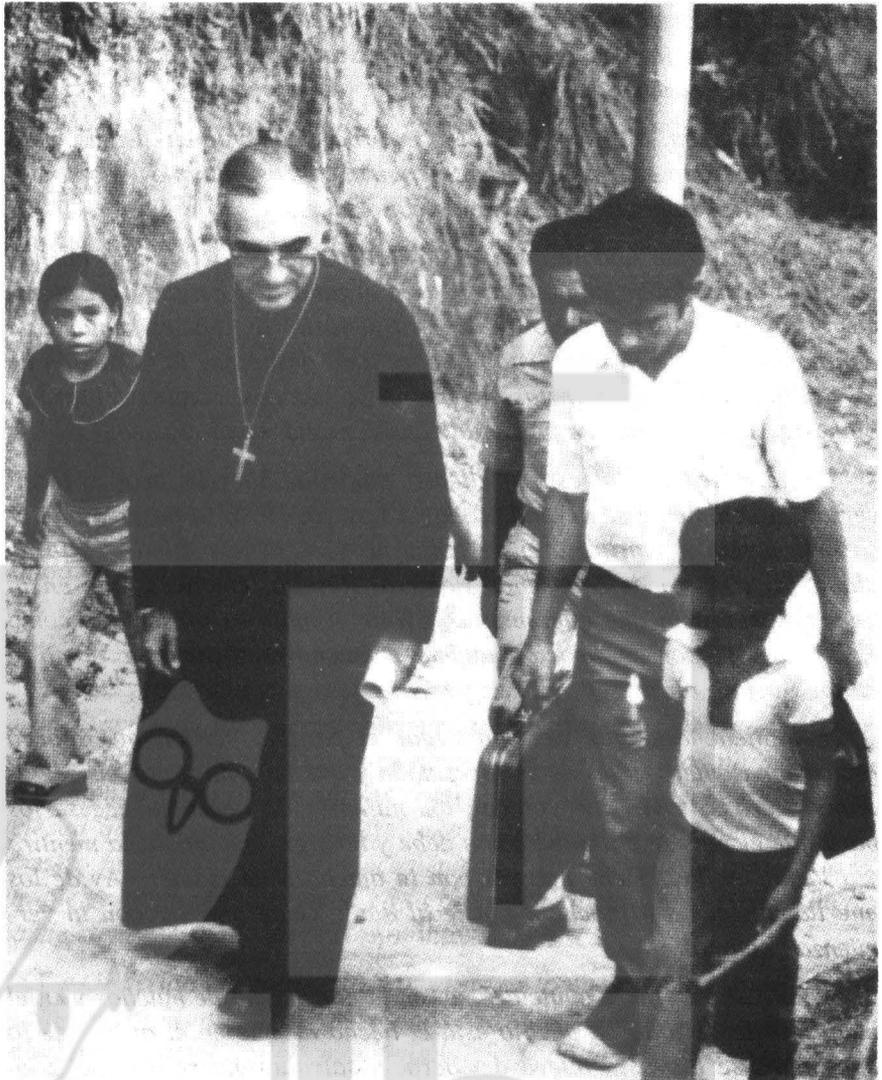
excepción de personas— y la Corte Suprema de Justicia, nada han dicho ni dicen de Monseñor Romero. Simbólicamente, la asamblea legislativa ha expresado muy bien este silencio. Hace años nombró ciudadano meritísimo a Monseñor Luis Chávez y González, cuando éste era ya de edad avanzada, y ahora, inmediatamente después de su muerte, a Monseñor Rivera, a pesar de que con ambos arzobispos tuvo serios problemas.

Honrar a Monseñor Romero, sin embargo, es demasiado. Ni ésta ni anteriores asambleas han tenido el coraje —ni los votos— para declarar a Monseñor salvadoreño insigne. Y entonces resulta que el Monseñor Romero, distinguido con varios doctorados y premios internacionales en el extranjero, propuesto para el premio Nobel de la paz, en proceso ahora de beatificación con el beneplácito explícito de Juan Pablo II —sin contar los innumerables homenajes populares— sigue siendo tabú en la asamblea y en todas las instancias del poder. Y es muy importante saber por qué.

Los más sofisticados dirán que en la nueva situación del país no es oportuno recordar a Monseñor, que hay que fomentar todo lo que sea paz. Añadirán —concediendo ahora con hipocresía lo que en la vida le negaron— que Monseñor Romero tuvo su época, pero aquellas terribles denuncias no contribuyen hoy a la reconciliación.

Estas opiniones no pueden menos que indignar y, sobre todo, porque quienes así piensan no tienen empacho en proponernos como modelos de paz al ex presidente Cristiani y a generales acusados por la Comisión de la verdad de crímenes abominables, lo cual ya da qué pensar sobre sus intenciones al decirnos lo que hay que hacer con Monseñor Romero. Pero, además, olvidan interesadamente —nos quitan la memoria— el trabajo explícito y pionero de Monseñor por la paz, cuando, antes de que existiera ARENA, propició el diálogo nacional en 1979 y analizó sus condiciones, contenidos y finalidad —y nadie puede aducir ignorancia invencible, pues todo ello está publicado en su cuarta carta pastoral.

Monseñor Romero no es, pues, en modo alguno un estorbo en tiempos de paz, pero sigue siendo profeta que no puede ser cooptado para bendecir lo que está ocurriendo en nuestra sociedad y en sus instancias de poder. Los valores que propició señeramente —verdad, compasión, justicia, profecía, utopía y, especialmente, volcarse a los pobres y desde ellos ver la realidad— no encajan nada bien con lo que ahora impone al país el pragmatismo neoliberal. De ahí no debiera seguirse —lógicamente al menos— que hay que silenciar a Monseñor, sino que debiera



seguirse un examen de conciencia serio sobre qué valores humanizan mejor al país, si los suyos o los del neoliberalismo. Pero sólo la idea de hacer tal examen de conciencia horroriza a los poderosos.

La conclusión es que el silencio sobre Monseñor Romero nada tiene que ver con que “hayan cambiado los tiempos”, sino que está motivado y exigido porque su recuerdo hace resonar su palabra insobornable contra la mentira, la injusticia, la corrupción, palabra que juzga la realidad desde los pobres y no desde los intereses propios de partidos e instituciones. Y eso, hoy como ayer, molesta. Y por eso se lo silencia.

Monseñor Romero no fue un profeta de calamidades. Hoy apoyaría lo bueno que se ha conseguido, pero —animado con el ejemplo— segui-

ría insistiendo en lo mucho que queda por hacer. Y seguiría denunciando, sobre todo, lo mucho que queda por des-hacer —lo cual es lo que más temen los poderosos.

En conclusión, Monseñor Romero estorba realmente en el país, pero si estorba es que está muy presente entre nosotros, aunque —como Jesús— lo esté a la manera de signo de contradicción.

A esto hay que añadir que después de quince años todavía no hay voluntad decidida en ninguno de los tres órganos del Estado de esclarecer el crimen más horrendo de nuestra historia, lo cual es sumamente dañino para el nuevo El Salvador, sobre todo desde que la Comisión de la verdad dio señales y pistas claras, no politizadas, como siempre habían argumentado los que para nada quieren esclarecer el caso.

Y si terrible es no investigar el caso, pudiendo hacerlo, peor es tergiversar radicalmente su verdad. Todavía hoy, en 1995, la postura oficiosa del partido mayoritario en el gobierno y en la asamblea, es la de alabar al asesino de Monseñor Romero. Resulta, entonces, que en la nueva democracia que queremos construir el malo es presentado como el bueno —y, por implicación lógica, el bueno es presentado como el malo. Y así no puede ser.

Nada tiene esto que ver con negar el perdón, perdón que otorgó Monseñor Romero antes de ser asesinado y que han otorgado sus seguidores. Pero sí tiene que ver con los mínimos de decencia necesarios para que el país se enrumbé como debe y no siga sometido a la mentira y a la impunidad. Tiene que ver con la amenaza de Isaías: “Ay de los que llaman día a la noche y noche al día”. Tiene que ver con la vergüenza nacional.

Y aunque sólo fuese coincidencia, en la conciencia de muchos y en el inconsciente de todo un pueblo está el hecho de que en el origen de lo que ahora se llama la nueva democracia salvadoreña se asesinó a un hombre sin tacha. ¿Será verdad que para dar comienzo a la democracia hubo que asesinar al mejor hombre del país?

En plena euforia actual de democracia hay que recordar la verdad, y ciertamente esta verdad. Y ante la connivencia de los partidos políticos y de los administradores de justicia, que aceptan esta hipocresía, es mérito de la Iglesia y de Monseñor Rivera haber mantenido viva, aunque sea como voz que clama en el desierto, esta verdad que, además de fundamental, es también una verdad fundante para el país. Recordemos lo que dijo Monseñor Rivera hace ahora un año: “Lo quieran o no, la sombra de este crimen sacrílego persigue a quienes, aun después de catorce años, siguen impenitentes idolatrando al hombre que quiso resolver los problemas de El Salvador a sangre y fuego. Nosotros ya hemos perdonado

do. Pero no podemos callar lo que la Comisión de la verdad comprobó y presentó a los ojos del mundo. Lo decimos una vez más: el futuro de El Salvador no se puede construir en la mentira, la prepotencia, la corrupción, la represión y la injusticia” (Homilía del 6 de marzo de 1994).

A todo lo anterior también hay que agregar el silencio de la Iglesia —aunque aquí hay que matizar el juicio. El silencio, sobre todo el de la jerarquía, es escandaloso en sí mismo, pues Monseñor era miembro y hermano en el episcopado —y ahora nos es propuesto como modelo en el proceso de beatificación. Y es dañino para todos porque, indirectamente, refuerza el silencio de los poderosos, como acabamos de ver.

La conferencia episcopal en su conjunto no ha escrito hasta el día de hoy un mensaje importante sobre el arzobispo mártir, ni lo ha citado significativamente en momentos importantes del país, ni lo ha propuesto como modelo de obispo y sacerdote, de salvadoreño y de cristiano. En lo personal, obispos como Monseñor Rivera y Monseñor Rosa lo han mantenido vivo en sus homilías, pero otros, lo atacaron en vida y han intentado descalificarlo después de muerto.

Y podemos preguntarnos también qué de Monseñor Romero hay en los planes pastorales diocesanos, en la formación de los seminarios, en la inspiración de los nuevos movimientos eclesiales... Qué de Monseñor Romero hay en los criterios para nombrar nuevos obispos para el país, en la composición de las nuevas conferencias episcopales, en el cuerpo eclesial que él generó y que está ahora disgregado. Qué de Monseñor Romero hay en los esfuerzos ecuménicos... Y añadimos el triste estado en que se encuentra su tumba en la cripta de catedral —no así el lugar donde cayó asesinado en el Hospitalito.

Y peor serían las cosas, si recordáramos lo que algunos eclesiásticos decían sobre Monseñor Romero hace años: “era de cortos alcances, de salud mental débil, estuvo manipulado...”. Todo lo cual se repitió impunemente hasta que Juan Pablo II visitó su tumba en 1983, lo alabó como “celoso pastor” y promovió —aun contra el deseo de algún obispo local y algunos dicasterios vaticanos— el proceso de beatificación.

1.2. Monseñor en el corazón de los pobres: la buena noticia

El análisis que acabamos de hacer no es agradable, pero es necesario. Muestra que en nuestro país algo sigue andando muy mal y algo hay que está podrido. Muestra que nos quieren quitar la memoria de lo mejor que tenemos. Y si lo mejor que tenemos estorba para el nuevo proyecto de país, tendremos que concluir que ese proyecto no es bueno.

Sin embargo, el silencio que hemos analizado no es un silencio cualquiera, sino un silencio vergonzante y, por ello, sub specie contrarii es

un silencio elocuente. En ese silencio, Monseñor se hace notar con fuerza, y sigue presente después de muerto, como signo de contradicción — nada de lo cual debiera extrañar, al menos al lector cristiano, pues eso es exactamente lo que dijeron de Jesús. Pero Monseñor Romero sigue presente también, activamente, por su nombre, con sus palabras, en el corazón y en la vida de los pobres y de quienes han echado su suerte con ellos. Para éstos la presencia de Monseñor sigue siendo inspiración y buena noticia, y ellos son los que ahora lo mantienen vivo. Si en vida, Monseñor se convirtió en “voz de los que no tienen voz”, ahora son ellos los que le prestan voz. Y esto se nota claramente en la tradición que generó Monseñor Romero, que ya es una realidad irreversible.

La tradición de Monseñor Romero, como toda tradición, tiene una dimensión externa. Y, así, esa tradición tiene sus lugares sagrados: el Hospitalito y la tumba de catedral, y tiene su día sagrado: el 24 de marzo. También, como en las tradiciones de héroes y santos, se han publicado sus escritos profusamente y han sido traducidos a varios idiomas; y cada día crece el número de libros sobre su persona y su obra. Se siguen haciendo afiches, componiendo poemas y cantos populares, filmando películas y hasta se ha montado una pequeña ópera. Y, para terminar, a Monseñor Romero se le atribuyen milagros —como en las antiguas tradiciones—, esos milagros que la religiosidad popular descubre en sus santos protectores y aquellos más hondos que se operan en lo escondido, donde sólo Dios ve.

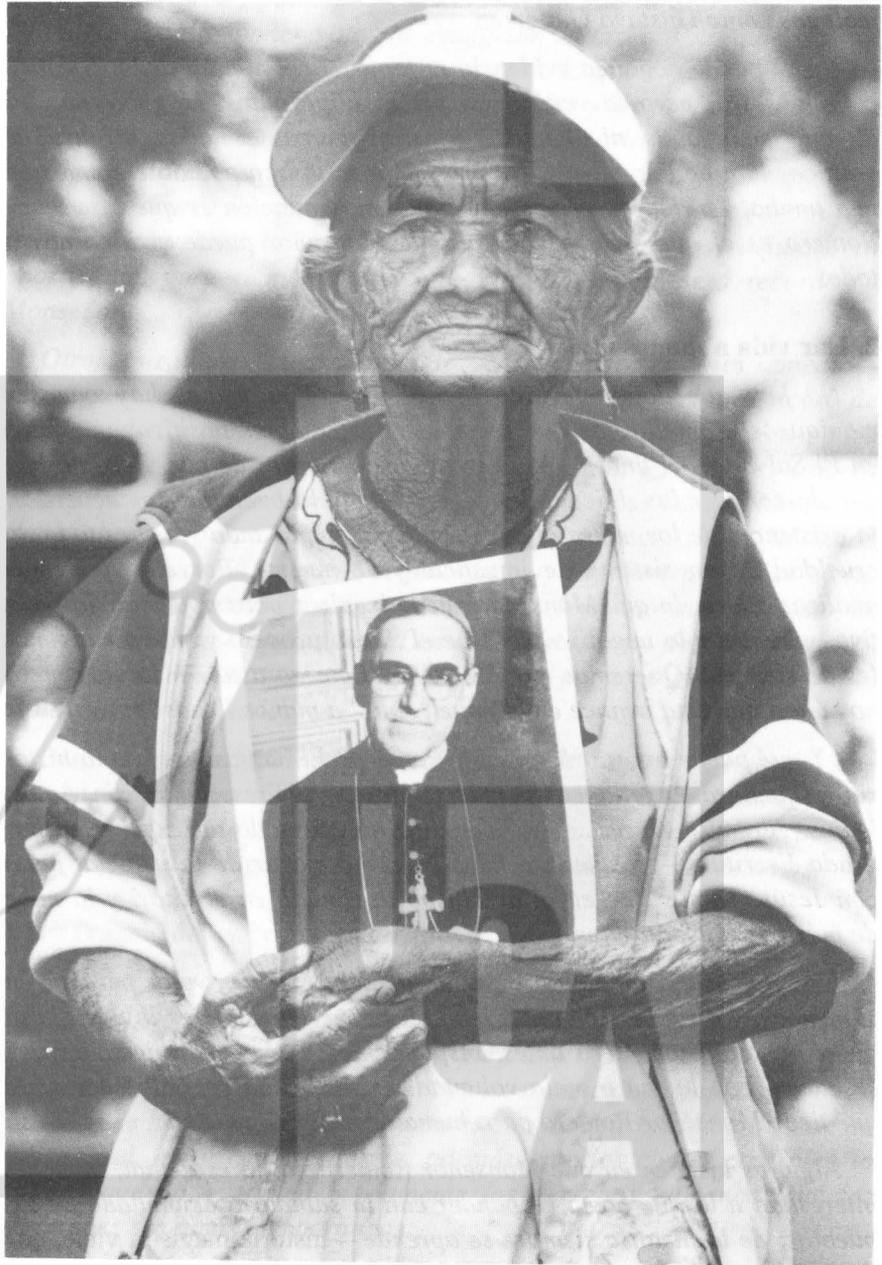
Pero la tradición de Monseñor Romero tiene también el elemento más decisivo: su presencia en lo escondido del corazón que se expresa en su seguimiento: conversiones, ánimo para seguir, esperanza para animar a los demás... Eso sigue ocurriendo hasta el día de hoy en obispos, sacerdotes, religiosas, laicos y sobre todo en los pobres, quienes sacan de Monseñor fuerza para sobrevivir y para soñar, para mantenerse en la verdad y en la compasión, para seguir a Jesús en estas tierras latinoamericanas y en otras lejanas.

Aunque lo hayamos presentado muy breve y sistemáticamente, ésta es la presencia más importante de Monseñor Romero en nuestro mundo actual. Es la presencia de Jesús en las primeras comunidades —mayores o menores—, pero que introdujeron en la historia una corriente de esperanza, de amor y de fe en el gran misterio de Dios.

Para unos, pues, Monseñor sigue siendo “signo de contradicción”, y sería inútil, por cierto, que intentasen dulcificarlo —aunque estamos

Y si lo mejor que tenemos estorba para el nuevo proyecto de país, tendremos que concluir que ese proyecto no es bueno.

ahora en tiempos de buenos modos y de pocos conflictos— para cooptarlo. Sería hipocresía levantar ahora monumentos al profeta mártir sin un mínimo de conversión. Pero para las mayorías, los pobres, sigue siendo “una buena noticia de Dios”. Por ello, puntualmente, tam-



bién este 24 de marzo —aunque ya han pasado quince años, los pobres y quienes los acompañan lo recuerdan, le agradecen y lo celebran. Este año ha habido más y mejores celebraciones, y con mayor participación de sacerdotes. Se han publicado varios afiches y libros sobre Monseñor. Han llegado al país delegaciones de todo el mundo, obispos como don Samuel Ruiz y don Pedro Casaldáliga, por nombrar a dos de ellos, y teólogos como Gustavo Gutiérrez.

No se puede negar la evidencia ni tapar el sol con un dedo. Gustará o no gustará, pero la verdad es que ni oligarquías, ni gobiernos, ni algunas embajadas, ni algunas curias, ni fuerzas armadas, ni partidos políticos han podido silenciar a Monseñor ni lo han podido esconder en una tumba. Lo que queremos analizar a continuación es qué Monseñor Romero es el que sigue vivo y qué de Monseñor puede vivificarnos a todos.

2. Dar vida a manos llenas

No hay que dejar de lado la objetividad ni menos hay que ser maniqueos. Por ello hay que reconocer los cambios positivos operados en El Salvador, el final de la guerra y los acuerdos de paz. Pero no hay que desconocer las dificultades para cumplir lo bueno de los acuerdos, la existencia de los males que los siguen acompañando y, sobre todo, la crueldad de un sistema de injusticia y de muerte. Por ello queremos analizar ahora, lo que Monseñor puede inspirar para potenciar lo positivo, minimizar lo negativo que trae el nuevo proceso y superar los males de siempre. Queremos que Monseñor Romero ayude a la vida, pero no sólo a que ésta avance en el papel, sino “a manos llenas”.

¿Y qué puede aportar Monseñor Romero? El ha pasado ya a la historia y quedará en ella como profeta de los pobres, junto con Amós, Isaías, Jeremías, Jesús... —tal como lo ha afirmado un experto en Sagrada Escritura—, y quedará también como mártir de la justicia, junto con Jesús, Tomás Becket, el arzobispo asesinado en el altar, y la nube de mártires salvadoreños.

Esta defensa y este amor último a los pobres tienen valor perenne en sí mismos, y dirigen acciones y actitudes concretas, que es lo que ahora queremos analizar. Pero antes, respondamos a algunas objeciones que se hacen, con buena o mala voluntad, según los casos, a la capacidad que tiene Monseñor Romero para humanizar hoy al país.

Algunos insisten en que Monseñor Romero ya no es actual, objeción interesada a la que basta responder con la sabiduría acumulada de los pueblos: de la historia siempre se aprende —historia magistra vitae, que decían los antiguos. Pero además no se puede decir, ni de lejos, que

todo haya cambiado en el país y mucho menos cosas fundamentales y configurantes, como la idolatría del dinero y del poder. Y la condición humana, en tiempo de paz o en tiempo de guerra, permanece intacta.

Afirman otros que el lenguaje religioso y utópico de Monseñor Romero es insuficiente y aun peligroso, y debe por ello ser traducido a un lenguaje operativo y político —ideal por cierto que ya expresaba Rutilio Grande al exigir “poner patas al evangelio”. Pero eso no quiere decir que la actual realidad política no necesita de lo que expresa el lenguaje religioso y utópico, como si los líderes actuales y los profesionales de la política ya produjesen e integrasen en su gestión lo fundamental de lo humano. Esto es a todas luces falso y no sólo es falso, sino que con frecuencia ocurre lo contrario: los profesionales de la política con frecuencia tergiversan la utopía del servicio al país, convirtiéndola en oportunidad para el medro pastoral. Por eso, bueno será recordar a Monseñor.

Otros, por último, piensan que Monseñor Romero es —sin remedio— una figura conflictiva, precisamente por expresar el potencial de conflictividad y aun el fanatismo de lo religioso, y por ello mal podrá aportar a la paz y a consolidar la reconciliación. Pero no es así. Ya hemos visto antes que entre las cosas importantes por las que Monseñor trabajó fue por propiciar la paz. Pero además, sin sus valores, la tímida paz y reconciliación actuales degeneran muy rápidamente. Si es cierto que lo religioso puede fanatizar, es también cierto que sin idealismo, se cae en la mera tolerancia, de ahí en la indiferencia y de ahí en muchos otros males como la corrupción, la obsesión por el enriquecimiento, el protagonismo y el poder.

Preguntémosnos, pues, qué ofrece Monseñor Romero a nuestro país para mejorar lo incipientemente bueno y erradicar lo incipiente y permanentemente malo —notando que en él o en otro habrá que buscar inspiración y ánimo para salir de la grave situación en que estamos.

2.1. “Transición” y “conversión”

Se repite que estamos en “transición”, término con el cual se quiere expresar algo verdadero y positivo. Pero Monseñor Romero diría, que el término no expresa toda la verdad y que incluso puede encubrir lo fundamental de la verdad. En sentido estricto, transición significa que en El Salvador se ha dado el tránsito de un estado de belicosidad a otro de no belicosidad, en el cual se espera, además, que los civiles controlen lo militar, que no se violen burdamente los derechos humanos, que las elecciones sean más democráticas...

Todo esto puede ser bueno, pero no es suficiente si no está basado sobre roca firme. Y ésta, en el lenguaje de Monseñor Romero, es la

**Se necesita la economía y la política,
pero Monseñor Romero nos recuerda
que lo más importante es verificar sus resultados...**

“conversión”. Tal como ha sido la realidad de nuestro país, sería pura ingenuidad interesada pensar en transitar sólo a una realidad distinta, y no, en lo fundamental, a una realidad contraria a la anterior. Hay que transitar del mal al bien, de la mentira a la verdad, de la injusticia a la justicia... Y eso es conversión.

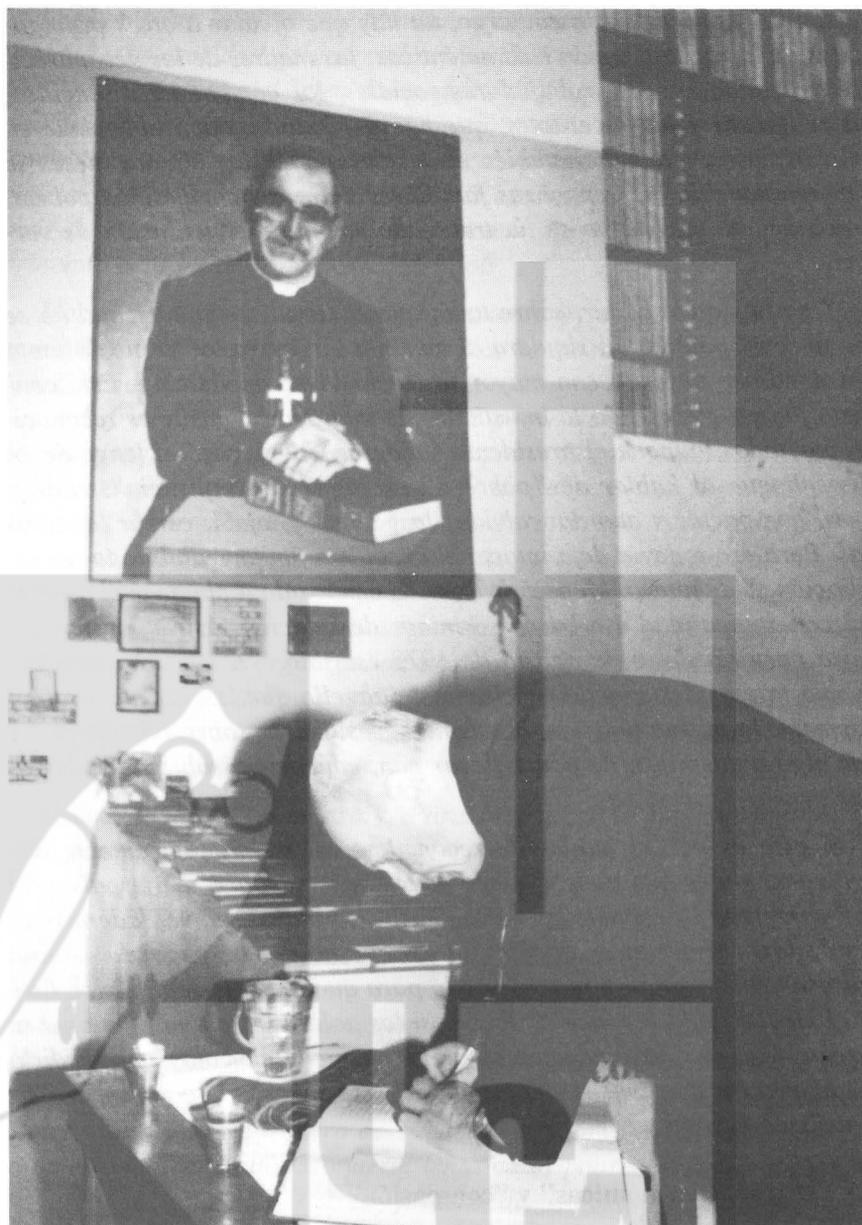
De esta transición-conversión, Monseñor dio ejemplo insigne. A los 59 años de edad y desde la cumbre del poder eclesiástico —edad avanzada y situación de poder que no favorecen en nada la conversión— no sólo se adaptó a una nueva situación, haciendo la “transición” eclesial, sino que cambió radicalmente, se convirtió. Y arrastró a muchos otros, de modo que se pudo hablar de toda una Iglesia cambiada, convertida.

Es cierto que no es lo mismo conversión personal que transformación social, ni los mecanismos para conseguir ambas cosas son los mismos. Pero, sea lo que fuere, nuestro país necesita ante todo conversión y la conversión —no sólo retoques— es lo que debe guiar los pasos del país. Y mientras no se vean así las cosas no habrán soluciones verdaderas ni duraderas. Los caminos habrá que buscarlos de la manera más adecuada y realista posible, habrá que buscarlos siguiendo sus pasos, pero para ser sobrepasados, según el camino que exige la realidad. Hay que volver a lo que antes se llamaba “transformación de las estructuras” como lo reformuló con vigor Ignacio Ellacuría pocos días antes de ser asesinado: “El problema de un nuevo proyecto histórico apunta hacia un proceso de cambio revolucionario, consistente en revertir el signo principal que configura la civilización mundial”.

Este lenguaje queda ya lejano, pero el mensaje sigue siendo actual. Hay que revertir el signo de la historia, que es la conversión mayor. Y para ello, como lo afirma la antropología, al menos la cristiana, hay que “revertirse” también uno mismo, el grupo, el partido.

En El Salvador se dan pasos hacia una transición. Pero ¿hay voluntad de conversión? Monseñor Romero seguiría pidiendo la conversión de todos y la jerarquizaría. Y por honradez con la realidad comenzaría por aquellos a quienes llamaba los idólatras que no quieren que les toquen sus riquezas. “Mientras no se conviertan, tendremos en esos idólatras al mayor peligro para nuestra patria” (4 de noviembre de 1979).

No hay que ser ingenuos ni esperar milagros de conversión de las estructuras. Pero tampoco hay que ser cínicos o mecanicistas y pensar que la transición es posible sin algo de conversión. Este es un valor



permanente del mensaje de Monseñor Romero.

2.2. “Pactos” y “reconciliación”

En la asamblea, en FUNDAPAZ y en otras instancias políticas están juntos los que antes se combatían a muerte. Firmaron la paz y, al parecer, han olvidado el pasado y ojalá se hayan perdonado —aunque también es verdad que estos foros pueden ser una forma de buscar el medro

personal. Dicho esto, sin embargo, no hay que olvidar a otros protagonistas de la reconciliación más auténticos: las madres de los desaparecidos y asesinados, los trabajadores sociales, los combatientes sencillos, las religiosas y los sacerdotes, que han perdonado, admirablemente en muchos casos —aunque también es verdad que en los últimos meses se han recrudecido las venganzas familiares entre los campesinos pobres, precisamente porque no se ha trabajado en una reconciliación de verdad.

Y no hay que olvidar, sobre todo, que el conflicto fundamental no se dio al nivel político, ni siquiera al nivel de la guerra, ni es por lo tanto ahí donde se necesita con mayor urgencia la reconciliación. Este conflicto fue y sigue siendo la injusticia —lo cual teóricamente es reconocido por todos, aunque el presidente Calderón Sol suavizó el lenguaje en Copenhague al hablar de “pobreza” en lugar de “injusticia”. Habrá, pues, que pactar y acordar, olvidar la guerra, y, ojalá, cerrar las heridas. Pero eso todavía deja intacto el problema fundamental de la reconciliación. Y de nuevo, Monseñor Romero nos ayuda a plantear el problema con radicalidad y a buscar caminos de solución. Así, en su tercera carta pastoral del 6 de agosto de 1978 escribió: “A nuestra gente del campo la está desuniendo precisamente aquello que la une más profundamente: la misma pobreza, la misma necesidad de sobrevivir, de poder dar algo a sus hijos, de poder llevar pan, educación, salud a sus hogares”.

Si esto es así, al hablar de reconciliación, metodológicamente hay que mirar antes que nada a cómo están ricos y pobres en el país, y si han cambiado las relaciones entre ellos. ¿Ha habido un verdadero interés de los que tienen en abajarse a los que no tienen, pagando —ojalá gustosamente— algún precio por ello para que todos puedan vivir? Este es el meollo de la reconciliación, no si los políticos trabajan juntos o se pelean. Por eso, lo fundamental de la reconciliación hay que medirlo desde otra perspectiva: si en este país se está superando o no la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro.

2.3. “Medidas económicas” y “compasión”

Y la parábola nos lleva de la mano al problema fundamental: la vida de los pobres. Oficialmente se habla de que el sistema está funcionando porque produce crecimiento económico y de que las nuevas medidas lo harán todavía más eficaz. Cierto es que se necesitarán ajustes, dicen, pero de esa manera ocurrirá el rebalse, de modo que la riqueza llegará a todos. Y la clave de todo esto es “el mercado”, palabra que ahora se pronuncia como si del nombre de Dios se tratase, a lo que se añade que “trae la salvación”, como si se tratase del nuevo y definitivo mediador.

Muy otra fue la visión de Monseñor Romero. Hay que denunciar la frialdad y la crueldad del mercado, y a ello hay que oponer la “compasión”, la re-acción del buen samaritano de bajar de la cruz al pueblo crucificado. Y digamos que si aun con compasión será muy difícil encontrar soluciones para las mayorías pobres, sin ella lo que guiará la inteligencia y la práctica económica será el egoísmo. Y ese egoísmo y bien vivir de unos pocos seguirá siendo —como hasta ahora— el principal principio configurador de la vida del país.

Monseñor Romero lo decía gráficamente y se preguntaba “de qué sirven hermosas carreteras y aeropuertos, hermosos edificios de grandes pisos, si no están más que amasados con sangre de pobres, que no los van a disfrutar” (15 de julio de 1979). Y por lo que toca al rebalse, diría que más se parece a las migajas que el pobre Lázaro espera que caigan de la mesa de Epulón que a un modo de subsistencia digno de seres humanos. Monseñor Romero más que de mercado recalcaría hoy la “idolatría del mercado”, así como en su cuarta carta pastoral concretizó tres idolatrías: la absolutización de la riqueza y la propiedad privada, la absolutización de la seguridad nacional y (el peligro de) absolutización de la organización popular. Y lo principal es que al hablar de la idolatría del mercado añadiría también hoy, lo que dijo entonces y muy pocos se atreven a decir hoy: todo ídolo necesita víctimas para subsistir.

Contra idolatría, compasión. Para Monseñor lo fundamental es la vida, porque “la muerte, la sangre, toca el corazón de Dios” —y tocó su propio corazón. Lo formuló desde el principio, en Aguilares, el 19 de junio de 1977: “A mí me toca ir recogiendo atropellos y cadáveres” —nueva y sorprendente definición del ministerio arzobispal—, donde denunció que “el ejército había convertido un pueblo en una cárcel y en un lugar de tortura”. Y lo mantuvo hasta el final. “Si estalla la guerra y no podemos hacer otras cosas, nos mantendremos firmes, aunque sólo sea recogiendo cadáveres e impartiendo la absolución a moribundos” (Entrevista del 15 de febrero de 1980). Y no sólo lo movió a compasión la muerte violenta, sino la muerte lenta de la pobreza, como dijo en su discurso de Lovaina, el 2 de febrero de 1980, y como lo formuló lapidariamente en Puebla: “Es preciso defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida”.

De nuevo, no hay que ser ingenuos, pero tampoco cínicos. Se necesita la economía y la política, pero Monseñor Romero nos recuerda que lo más importante es verificar sus resultados, reconocer con honradez si producen más vida o más muerte, para quiénes producen vida y para quiénes producen muerte. Sin esa verificación de los modelos económicos del pasado y del presente, hablar de ellos es diletantismo científico e hipocresía histórica.

Y una cosa más. Monseñor no hablaba de “generar riqueza” —aunque, en principio, no tendría nada contra ello—, sino de la “vida de los pobres”. Por ello, en su tercera carta pastoral decía que “según le vaya al pueblo, así defenderemos uno u otro proyecto”. Y con patetismo, poco antes de morir, concentró lo esencial en estas palabras: “que no se olvide que somos hombres” (Entrevista del 19 de marzo de 1980).

Esa compasión de Monseñor Romero es la que debe estar presente como principio configurador de nuestro país para humanizarnos y no animalizarnos —y para dirigir con creatividad y humanidad los caminos de la economía.

2.4. “Globalización” y “solidaridad”

Ahora nos ofrecen globalización, quizás igualdad de oportunidades y aldea planetaria, como si el rumbo que lleva la historia nos igualase a todos. Esto ha sido pura falsedad en el pasado inmediato y la globalización no tiene visos de igualar a los muchos pobres y a los pocos ricos, como lo muestran los estudios comparativos. Si en 1960 un rico valía lo que treinta pobres ahora vale lo que sesenta. Pero incluso si la globalización material fuese posible, no es el modelo más humano para comprendernos los seres humanos entre nosotros. Ese modo más humano es la solidaridad.

Por solidaridad entendemos el llevarnos mutuamente unos a otros, la disponibilidad para participar en el mismo destino y para establecer relaciones de mutuo dar y recibir —aunque esto no es fácil para los poderosos, pues significa abajarse, superar paternalismos y prepotencias en la ayuda y —lo más difícil— aceptar la posibilidad siquiera de poder recibir de los pobres, que no son explotados, sino también ignorados y despreciados, algo esencial para la propia humanización. Y esto es precisamente lo que ante la globalización impersonal y deshumanizada nos ofrece Monseñor Romero. Por decirlo en pocas palabras, preguntémonos qué dio y qué recibió Monseñor Romero del pueblo salvadoreño crucificado.

Lo dio todo. Su tiempo, sus conocimientos, el peso moral de su cargo arzobispal. A los pobres les dio verdad, dignidad, confianza y esperanza, y les dio su amor hasta el final. Todo esto es bien conocido y no hay por qué detenerse en ello. Pero será bueno recordar su disponibilidad para compartir el destino de los pobres —ahí sí dio verdadera globaliza-

Nos quieren quitar la esperanza, por inútil.

Nos quieren quitar la utopía por imposible.

Nos quieren quitar el derecho a soñar por irreal...

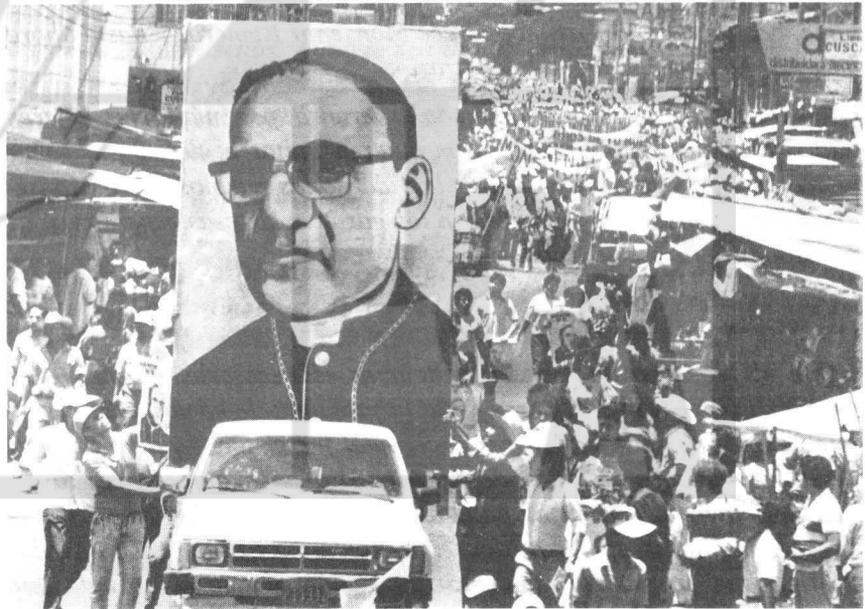
ción— en estas escalofriantes palabras: “Me alegro hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida, precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres” (15 de julio de 1979). “Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes” (24 de junio de 1979).

¿Y qué recibió Monseñor Romero de los pobres de su pueblo? No cabe duda que el pueblo lo cambió. “El pueblo es mi profeta”, llegó a decir. “Yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender del pueblo” (9 de septiembre de 1979). El pueblo crucificado, como el siervo de Yahvé, se convirtió para Monseñor Romero en “luz”, y esa luz fue la que, en medio de muchas oscuridades, guió sus pasos hasta el final.

Y del pueblo recibió también esperanza, gozo y alegría de vivir. “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que empuja al servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz” (18 de septiembre de 1979). Y esto como él decía, lo llenaba de “profunda satisfacción”.

2.5. “Pragmatismo” y “martirio”

El pragmatismo quiere obtener resultados con eficacia y a corto plazo —y nada hay que objetar a eso, en principio. Pero no repara en los medios y se mofa de la profecía y de la utopía —con lo cual con frecuencia los medios que utiliza son inmorales y el resultado final es deshumanizador. Como este pragmatismo se ha extendido por todo el mun-



do —ahora omnidemocrático—, como no es objeto de seria crítica y denuncia —tampoco de parte de las iglesias—, sino que parece imponerse por sí mismo y como nos está deshumanizando, se impone un correctivo, en lenguaje benevolente, o una alternativa crítica radical. Pensando en Monseñor Romero vamos a llamar a esa alternativa, provocativamente, el martirio.

Entiéndasenos bien. No queremos que en este país haya un sólo asesinato más, pero sí queremos que siga presente aquello de lo que dieron testimonio los mártires. Nos interesa mantener con total seriedad lo que vivieron los mártires y cómo esa vida puede humanizarnos en medio del pragmatismo —y en ello nos va nuestro futuro.

Dicho brevemente, cuando los pobres son preguntados sobre Monseñor Romero suelen decir que “dijo la verdad, nos defendió a nosotros de pobres y por eso lo mataron”. Están claros, pues, en que lo mataron, pero tienen la gran clarividencia de saber por qué lo mataron, es decir, cuál fue su vida: decir la verdad y amar —defendiendo— a los pobres. Ante el pragmatismo, Monseñor Romero sigue hoy reclamando y exigiendo la verdad y el amor, sigue proclamando que ambas cosas humanizan —y que son posibles, porque lo muestran los mártires. Y curiosamente, los mártires logran lo que no logra el pragmatismo: dar sentido a la vida, mantener la esperanza.

Cuando uno se pregunta cómo “revertir la historia”, como lo quería Ignacio Ellacuría, cuando uno se pregunta existencialmente con Pablo “¿quién nos liberará de tanta mentira, de tanto desamor e injusticia, de tanta banalidad e inanidad?”, la respuesta está en los mártires. Y eso es lo que, hasta el día de hoy, nos ofrece Monseñor Romero. Y hasta ahora nadie nos ha convencido de lo contrario.

Resumamos. Nos quieren quitar la esperanza, por inútil. Nos quieren quitar la utopía por imposible. Nos quieren quitar el derecho a soñar por irreal. Con ello quieren quitar la vida de los pueblos. Pero Monseñor Romero y todos los mártires son los garantes de esas esperanzas, de esas utopías y de esos sueños.

3. El secreto de Monseñor Romero

Que el recuerdo de Monseñor Romero es necesario y benéfico es cosa clara para nosotros, pero queda la pregunta de cómo hacerlo presente hoy. Y para ello hay que conocer cuál fue el secreto de Monseñor Romero. Y tampoco es difícil descifrarlo: Dios y los pobres. Así lo vio Ignacio Ellacuría, con cuyas palabras nos ahorramos largos párrafos: “Sobre dos pilares apoyaba Monseñor Romero su esperanza: un pilar histórico que era su conocimiento del pueblo al que él atribuía una capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más graves,

y un pilar trascendente que era su persuasión de que últimamente Dios es un Dios de vida y no de muerte, que lo último de la realidad es el bien y no el mal. Esa esperanza no sólo lo hacía superar cualquier tentación de desaliento, sino que lo animaba a seguir trabajando, consciente de que su esfuerzo no iba a ser baldío por más que fuera corto el tiempo... Monseñor Romero nunca se cansó de repetir que los procesos políticos, por muy puros e idealistas que sean, no bastan para traer a los hombres la liberación integral. Entendía perfectamente aquel dicho de san Agustín que para ser hombre hay que ser 'más' que hombre. Para él, la historia que sólo fuese humana, que sólo pretendiera ser humana, pronto dejaría de serlo. Ni el hombre ni la historia se bastan a sí mismos. Por eso no dejaba de llamar a la trascendencia. En casi todas sus homilías salía este tema: la palabra de Dios, la acción de Dios rompiendo los límites de lo humano”.

Dios y los pobres, el misterio que nos envuelve y la historia en que nos movemos. Ese fue el secreto de Monseñor Romero: entregarse a ese misterio y comprometerse con esa historia. Pero con esa precisión: ver, amar y encontrar a Dios en los pobres, y ver, amar y encontrar a los pobres en Dios.

Cómo se comprendan estas palabras y qué eficacia histórica se otorgue a esa conjunción de Dios y pobres en Monseñor Romero, depende de cada uno. Nosotros no podemos ir más allá, sino simplemente poner en palabra lo que fue último para Monseñor Romero. Unos podrán concentrarse en cómo el misterio de Dios configuró a Monseñor. Otros en cómo lo configuraron los pobres de su pueblo. Otros podrán juntar ambas cosas en mayor plenitud. Lo que sí nos parece claro es que ahí está el secreto de Monseñor. Aunque sea difícil hablar de su relación personal, sufriente y bienaventurada con Dios, Monseñor lo mencionaba a cada paso. Y la relación con su pueblo era muy clara. Pero vivió también con él y de él.

Terminemos por donde comenzamos. ¿Está hoy vivo Monseñor Romero? Oigámosle: “La palabra queda. Y este es el gran consuelo del que predica. Mi voz desaparecerá, pero mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido acoger” (17 de diciembre de 1978).

San Salvador, 24 de marzo de 1995.